

### CAPITULO III

#### LOS PREPARATIVOS

**N**ATURALMENTE, en la mesa durante la comida, lo mismo que en la sobremesa, que fué muy prolongada, no se habló sino de México, de sus revueltas intestinas, de los hombres que sobrevivían, de los que más figuraban en la política, del carácter de los habitantes, de la fisonomía de las poblaciones, de la riqueza de las minas, de su agricultura y comercio, y, en suma, de todo aquello que en tan solemnes momentos interesaba más á los príncipes.

Carlota fué la que estuvo haciendo al señor de Arrangoiz más nutridas y más insinuantes preguntas, sin dejar de tomar extensa nota de los nombres, hábitos, opiniones y caudal de las principales damas mexicanas.

—Sueño con México, exclamó alegremente la princesa después de algunas bellas descripciones que hizo el señor de Arrangoiz, y según lo que oigo ahora y lo que antes he oído, me parece un país encantado.

—Encantador dirás, exclamó por su parte Maximiliano.

—Las dos cosas. Y luego agregó la princesa dirigiéndose al señor de Arrangoiz:

—En el caso de que el archiduque llegue á aceptar la corona que se le ofrece, cosa que considero muy difícil, yo me prometo que tal viaje será el más dichoso de mi vida.

—Su Alteza haría un enorme sacrificio si aceptara, dijo Arrangoiz haciendo una inclinación de cabeza ante la princesa que tenía al frente, pero será su obra de las más meritorias si consigue, como lo espero, establecer la paz y la prosperidad en un país que ha sido tan trabajado por las disensiones domésticas.

—La archiduquesa y yo, contestó Maximiliano, tendremos que estudiarlo mucho, que discutirlo mucho y que mucho meditarlo para dar una resolución que pueda resultar favorable.

Los secretarios, confidentes y demás atachés del príncipe, apareciendo hasta entonces como comparasas en la comedia, poco abrían la boca, cuidando mucho de no tomar parte activa en la conversación por temor de lanzar alguna palabra comprometedora y comían guardando un discreto silencio.

Maximiliano, dijo al fin que temía abusar de la condescendencia del señor de Arrangoiz y le rogó que se retirara á sus habitaciones, de las que le daría posesión el mayordomo del castillo que estaba allí ya listo esperando las órdenes del castellano.

Por su parte también los archiduques se retiraron á sus departamentos, procurando reunirse en un

gabinete de Carlota, según acostumbraban hacerlo cuando tenían algo muy íntimo que decirse.

—¿Qué tal? ¿qué te parece mi hombre? preguntó Maximiliano á su esposa sentándose á su lado.

—Me parece que es persona juiciosa y expedita.

—Es un diplomático.

—Lo conozco.

—¿Cómo lo conoces? ¿En dónde lo viste antes?

—En los libros: no inútilmente estoy leyendo cuanto se refiere á México.

—¿Y qué te han dicho tus libros de este personaje?

—Que si este se llama Don Francisco de Paula Arrangoiz puede ser el mismo que cuando era presidente Santa Anna, intervino en la venta de un territorio llamado la Mesilla hecha á los americanos.

—Cuéntame eso.

—Este señor Arrangoiz era cónsul ó agente especial de Santa Anna en los Estados Unidos cuando se vendió la Mesilla, él recibió el dinero y previendo que iba á desaparecer hasta el último peso entre las manos de los que gobernaban, se pagó por sí mismo sus honorarios.

—¿Qué honorarios?

—Los que decía le correspondían por el corretaje.

—¿Pero se le había asignado alguna cantidad?

—Ninguna, y por eso fué destituido y amenazado de muerte por Santa Anna si volvía á presentarse en México.

—¡Ahjá! ¡Con que entre estas gentes andamos?.....

—Yo no sé si será el mismo; pero hubo un individuo así llamado que en el deplorable asunto de la

Mesilla se embolsó un dinero que su gobierno no le había dado permiso de tomar.

—Y decir que mi hombre tiene una apariencia de las más honradas y de las más bonachonas!

—Ahora si quieres persuadirte mejor de quien es, pregúntale si intervino en el sucio negocio de la venta de la Mesilla.

—No, no le haré pregunta tan indiscreta.

—O sencillamente invítalo á ir á México contigo.

—Eso sí haré.

—Y yo te juro que si es el mismo que se apropió los fondos no irá por temor de que ahora se lo echen en cara.

—Probaré á invitarlo.

—Ya sabes que tengo una memoria feliz, continuó la princesa, cuanto te he dicho de Estrada, Hidalgo y Almonte, creo que ha salido rigurosamente exacto.

—Sí, Estrada un ignorante y fanático por la monarquía y por una religión que él entiende á su modo; Almonte un ambicioso de la peor especie, capaz de traicionar á su mismo padre si viviera, Hidalgo un intrigantillo sin antecedentes, todo eso ha salido verdad, con más algunas notas poco favorables para los tres que he seguido recogiendo. Al menos este de que tratamos ahora no tendrá pretensiones respecto de México.

—No, ni Arrangoiz ni Estrada consentirán en volver á México por las cuentas que tienen pendientes; pero sí esperarán que les des alguna investidura para representarte en las cortes europeas.

—Eso lo veremos más adelante.

—Por ahora lo que necesito es tener informes cier-

tos de las gentes que van á rodearte, sin dejar que te intimiden nunca los malos pronósticos.

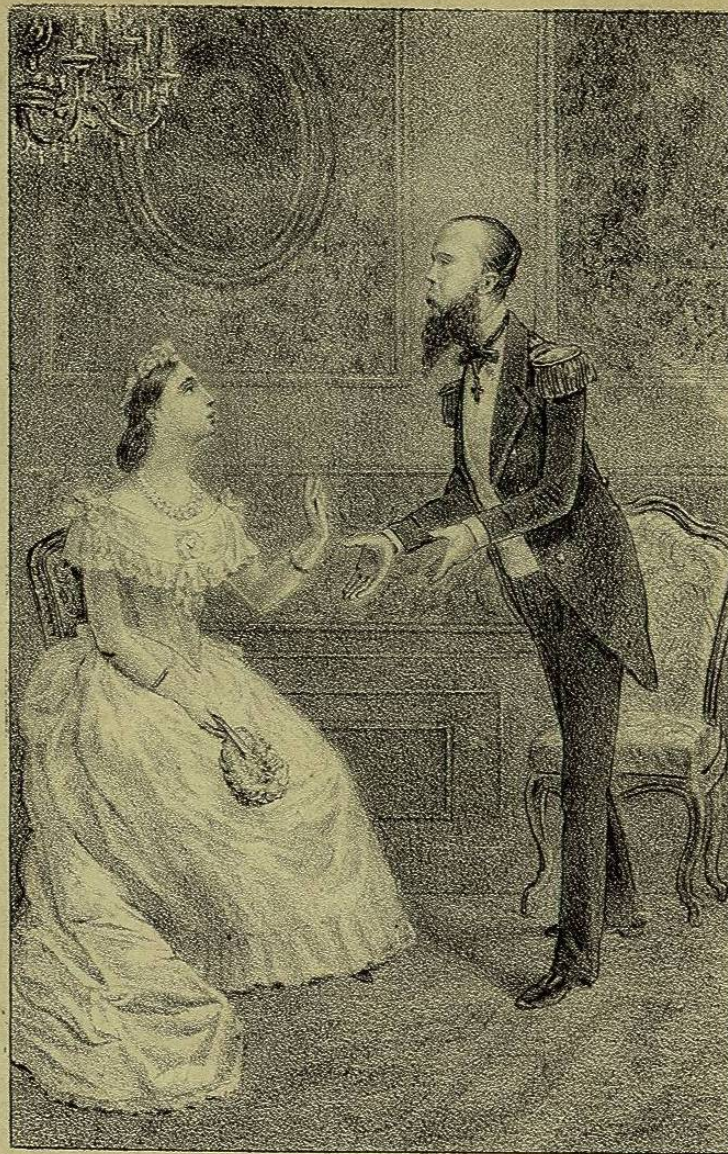
—Este señor de Arrangoiz me ha hecho algunos.

—Sí, te ha de decir que las clases altas de México quieren ante todo que se proteja al clero y á la religión, que hay que oprimir con mano de hierro á los enemigos de la Iglesia, que tienes que hacerte el jefe incondicional del partido conservador, que debes poner tu ejército en manos de los tres caudillos notables, Márquez, Miramón y Mejía, y que de no observar esa conducta seguirás la suerte de Iturbide; pero quizás te será mejor aconsejarte de las circunstancias ó de las cortes europeas que son las que van á sostenerte.

Sus Altezas siguieron formando sus proyectos fantásticos para el porvenir, conformándose con el presente que les iba á sacar del atolladero con doce millones de francos que tenían ofrecidos para el día de la aceptación de la corona.

Ya los judíos de Trieste que habían oído buenas ganancias se amontonaban ofreciendo dinero al archiduque y ya este sin tener que ocurrir á su hermano, disponía de lo necesario para dar á su casa un aspecto regio. Por lo demás, los horizontes que se les presentaban por delante eran insondables. ¡Quien sabe hasta dónde llegaría el Archiduque si reaparecía en su destino la estrella de sus antepasados!

Arrangoiz permaneció seis días en Miramar aleccionando al futuro soberano de México y en ellos logró hacerse de su confianza hasta poder llegar á tratarle con familiaridad. En cambio la archiduquesa no lo veía con buenos ojos.



*Sus Altezas siguieron formando sus proyectos fantásticos para el porvenir.*

—Va contigo á México? le preguntó á Maximiliano.

—Ha rehusado terminantemente.

La archiduquesa se sonrió conformándose con decir:

—Entonces es el mismo que le jugó la mala<sup>a</sup> partida á Santa Anna.

